

Casa típica en El Roncal (Navarra.)

(Dibujo de García Mercadal.)

MUSEOS AL AIRE LIBRE

Es el arte algo más que la mera representación de la naturaleza. Para que una obra pueda llamarse, con propiedad, artística es menester que refleje el espíritu del artista. De aquí que nada sea más a propósito para dar idea de los sentimientos, de la cultura y de las ideas predominantes de una época de la historia, como el estudio del arte que caracterizó aquel período de tiempo. Y para conocerlo a fondo es preciso estudiarlo allí donde lo colocó el artista, porque en la composición de la obra entra por mucho la luz, el lugar y el ambiente que la rodea. Es indudable que bajo las brumas de los climas del Norte parecerá chillón y desentonado lo que a la luz

del sol del Mediodía y entre el follaje brillante de un jardín de Andalucía encanta por la viveza de los colores y el centelleo de los reflejos metálicos, mientras que un monumento grandioso, pero ennegrecido por la humedad, parecerá fúnebre y repulsivo examinado a toda luz, rodeado de casas blancas como la nieve y entre flores de vivos y variados colores.

Durante el siglo XIX nos hemos afanado en amontonar en los Museos obras de arte de los países más distantes y de las más diversas épocas, y yo confieso que en muchos casos ha sido esto necesario para salvarlas de una total ruina; pero, ¡cuán diversa impresión producen en las estancias de un Museo de la que producirían en el lugar para el que fueron destinadas por el artista! ¡Cuán distinta es la emoción artística que se experimenta recorriendo el Foro Romano o el Palatino, que la experimentada visitando en las galerías del Museo británico los fragmentos del Parthenon o los ladrillos de las bibliotecas asirias!

En un gabinete de Historia Natural podrán estudiarse la forma y dimensiones de los animales que componen la fauna de una comarca; pero su vida, sus costumbres, todo lo que no sea materia fría y muerta, sólo podrá conocerse sorprendién-

dolos en medio de la selva. Cosa semejante ocurre con las obras de arte, de las cuales sólo vemos en los Museos Arqueológicos la forma exterior, mas no la idea y pensamiento del artista en toda su amplitud.

Afortunadamente al presente parece predominar la tendencia de conservar los antiguos monumentos, respetando su vetustez veneranda, y rodeándolos, en lo posible, del ambiente primitivo, sin destruirlos ni afearlos con reparaciones inconvenientes o con bárbaras mutilaciones.

Hay, sin embargo, que prevenir el grave riesgo que aun corren los monumentos levantados en aquellas ciudades que por diversas causas lograron ver agrupadas dentro de su recinto las grandes creaciones artísticas de una o de varias épocas de la historia. La indiferencia con que el Estado ha visto hasta ahora desmoronarse los antiguos edificios, salvo algunos pocos de universal fama y renombre; la escasez de las cantidades consignadas en los presupuestos para la conservación de los monumentos artísticos, y la mala distribución que ordinariamente se hace de dichas cantidades; la apatía de las corporaciones municipales; el excesivo respeto a los derechos del propietario, al que se ha permitido alterar, destruir o abandonar a la ruina edificios de gran mérito artístico o de notable interés histórico, han sido causa de la desaparición de gran número de monumentos artísticos. Urge, pues, adoptar las precauciones necesarias para que no desaparezca la grande riqueza que aun queda en muchas ciudades españolas, que constituyen *Museos al aire libre* de inestimable valor.

Entre estos *Museos* ocupa, a mi juicio, el primer lugar en España la ciudad de Salamanca, no sólo por la cantidad de monumentos artísticos que conserva, aun después de las devastaciones sufridas en la guerra de la Independencia, sino porque en ninguna otra parte resplandece tan puro el genio del arte español de la mejor época de nuestra historia. La unción religiosa de los bellos retablos de piedra que cubren las fachadas de la Catedral Nueva y de San Esteban; el vigor del sufrimiento resignado y sereno que en mil figuras representa el patio de las Dueñas; la finura de los adornos con que se ha decorado la Universidad, como si se hubiese querido representar con ellos aquellas ideas grandes y elevadas, pero de cultura espiritual inenarrable, que de aquel centro del saber brotaron y de allí irradiaron sobre el mundo entero, son la representación gráfica de la España grande, de la España de los Reyes Católicos, de Colón y de Carlos V, de Vitoria y de Fr. Luis de León.

Nada más bello que un atardecer de otoño en la *socampana de Salamanca* (1). La campiña se extiende en leves ondulaciones, sombreadas aquí y acullá por el verde obscuro de los encinares hasta las sierras de Béjar al S. E. y de Francia al Sur; en medio de la llanura, bañando sus pies en el Tormes y recortando el cielo azul con la silueta de sus monumentos, surge la ciudad, y en medio de ella, la ingente mole de las dos catedrales, cuyas piedras doran los rayos del sol poniente y reflejan las aguas del río como si quisiesen mostrar a los cielos las maravillas arquitectónicas que los hombres idearon para honrar y venerar a Dios, cuya gran-

(1) Llámase así el término del municipio salmantino, sin duda porque en toda su extensión se oye el sonido de la campana mayor de su catedral.

deza cantan los astros y cuyas magnificencias predica la creación entera. En esos momentos Salamanca es algo más que una ciudad como las demás: es la expresión viva y espiritual de la época más interesante y gloriosa de nuestra historia.

Es menester que este museo copioso y vario, en el que resplandece principalmente lo que fué el Renacimiento en España, no desaparezca; es preciso que se conserve lo que está en pie, se consolide lo que amenaza ruina y aun se restaure convenientemente lo que fué mutilado o profanado. España debe hacer en Salamanca lo que Bélgica ha hecho en Brujas y Alemania en Nuremberg. Bien está que los viajeros lleguen ahora a Salamanca en tren o en automóvil, y no caballos en corceles más o menos briosos, como llegaban en el siglo XVI; pero desde que lleguen a la estación deben darse cuenta de que están en los umbrales de un magnífico museo de arte. Bien está que se pavimenten las calles y se alumbren espléndidamente como conviene a los adelantos modernos; pero ni el Patio de Escuelas, ni la calle de la Compañía, ni la del Prado, ni la de las Ursulas, ni las que conservan el antiguo caserío de puertas y ventanas ornamentadas deben desaparecer. Las ordenanzas municipales deberían cuidar, no sólo de que no perezcan los detalles artísticos que aun se conservan, sino de procurar que las nuevas construcciones se acomoden al estilo de las antiguas.

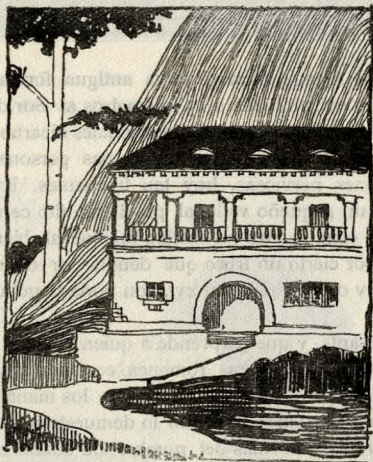
Si hoy, a pesar de la labor destructora de dos siglos funestos para el arte, más aun que por lo que dejaron perecer, por la arquitectura vulgar e incolora de lo que construyeron, no puede menos de sentirse emoción profunda al recorrer las calles que rodean la antigua Universidad, ¿qué sería si pudiésemos devolverles su primitivo carácter con la artística rejería de sus ventanas y los hierros salientes que ostentaban los símbolos de los libreros en toda la extensión de la calle de este nombre?

Paréceme que la misión del arquitecto no es sólo calcular pesos y resistencias; más bien creo que no merecerá el nombre de tal si no sabe dar vida y alma a sus concepciones. En la formación del arquitecto entran como elementos esenciales el constructor y el artista, y este elemento sobrepuja al anterior y da relieve al arquitecto, hasta el punto de que a nadie interesa el nombre del que ha construido un puente o una fábrica, por muy calculados que hayan sido los empujes y resistencias de los materiales; pero, en cambio, no hay quien no se incline con respeto ante los inspirados artistas que dejaron su nombre unido a los grandes monumentos arquitectónicos que son el asombro del mundo.

A las cumbres no se llega sino después de muchos estudios y mediante un sentimiento profundo e intenso de la belleza, y siendo la base de ésta el orden y la perfección relativa de cada cosa en dirección a su fin, dedúcese cuán necesario sea, para la formación del artista, el conocimiento de las varias formas con que cada época exteriorizó sus ideas dominantes y los sentimientos del corazón. Por eso en una revista escrita por arquitectos, y dirigida a señalar los derroteros por donde han de encaminarse los arquitectos de mañana, expongo la idea de conservar y acrecentar con nuevas construcciones que exterioricen el presente momento histórico los interesantes *museos al aire libre* de un arte que ya pasó, pero que manifiesta los sentimientos y los anhelos de una raza grande esparcida en veinte na-

ciones. Es de esperar que una campaña sostenida y perseverante de los beneméritos arquitectos españoles despierte la atención de los Gobiernos y de las corporaciones municipales, y llegue a interesar vivamente la opinión pública, hoy un poco apática y descuidada en lo que se refiere a la conservación de nuestras riquezas artísticas; y si esto ocurriese, me serviría de excusa ante los lectores de ARQUITECTURA del grave pecado cometido al entrometer el nombre de un indocto, que apenas comprende *lo que es un arquitrabe*, entre los doctísimos redactores y colaboradores de la revista.

EL OBISPO DE SALAMANCA.



Dibujo del arquitecto R. Fernández Balbuena.